

**JOSÉ LUIS CARBAJO**  
Director

Venimos de crisis en crisis —tanto política como económica— y cada vez se cae más abajo. Tal parece que no tenemos salida en el corto plazo, porque quienes ostentan el poder y son responsables de impulsar posibles recambios forman parte de un grupo de personas conservadoras que han convertido los partidos en trincheras de lucha para defender sus intereses personales —y sus empresas—; asimismo, para cubrirse entre sí, de modo que la ley no los alcance; y para colocar su creencia religiosa por encima de los derechos ciudadanos, afectando así el bien común.

En nuestro ámbito estamos viviendo un retroceso de reformas que permitían avizorar la mejora de la educación básica y superior. Reformas que fueron construyéndose a lo largo de varios años, en deliberación entre las fuerzas políticas, la sociedad civil organizada, el Ejecutivo y Legislativo. Ahora, el gobierno y los grupos parlamentarios —incluso con diferencias políticas extremas— han conformado una mayoría que en once meses ha aprobado leyes que debilitan el liderazgo del sector Educación. Esto, en aspectos tan fundamentales como las decisiones sobre lo que se debe enseñar en el nivel básico y la transparencia de la gestión pública en educación superior.

En este contexto incierto publicamos la revista *Tarea* número 103, para dar cuenta de lo que nos enrostró y dejó la pandemia en el ámbito que nos atañe. Si bien se dieron imaginativas y creativas respuestas pedagógicas y de gestión escolar —como Aprendo en Casa, iniciativas de formación docente y otras experiencias que presentamos en este número—, no podemos dejar de ver que las desigualdades de aprendizaje se ampliaron, afectando más a la población en pobreza y extrema pobreza económica. Los dos años de pandemia perjudicaron en mayor medida a las escuelas rurales, a las comunidades rurales sin internet y a las familias que no cuentan con medios tecnológicos ni con medios virtuales, condiciones básicas para acceder a la educación remota.

Las maestras y los maestros vieron aumentadas sus horas de trabajo. Debieron reaccionar con nuevas estrategias pedagógicas para contextualizar el currículo; asimismo, tuvieron que adaptar los recursos y procedimientos de aprendizaje para una variedad de

estudiantes: había quienes tenían internet, quienes veían o escuchaban las clases por televisión o radio, quienes recibían las indicaciones por WhatsApp y quienes no tenían manera de conectarse, en cuyo caso debían ir una vez por semana a la escuela para dejar indicaciones y recoger las evidencias.

El conjunto de docentes, sin excepción, vivió durante la pandemia momentos de incertidumbre e impotencia. Esto llevó, en algunos casos, a una relación autoritaria con niñas, niños y adolescentes, pero también asumieron el compromiso y la búsqueda de nuevas metodologías de enseñanza. En este periodo también se acrecentó la violencia de género, especialmente en contra de mujeres, niñas y niños: aumentaron los feminicidios y las agresiones sexuales.

Las familias se constituyeron en un soporte que buscó dar continuidad a los aprendizajes. Cumplieron un papel alentador, pero no todas tuvieron las mismas condiciones. Se comprometieron con sus hijas e hijos, aunque en muchos casos pudiera haber poco entendimiento de los temas de aprendizaje. Los quehaceres del hogar se ampliaron, más allá de la crianza y la búsqueda de recursos para apoyar la economía familiar.

La pandemia nos enrostró, decíamos, las carencias y desigualdades en el acceso a servicios básicos como la salud y la educación; y en la pospandemia, más peruanas y peruanos se han quedado sin empleo y han pasado a vivir de manera más precaria. En paralelo, la corrupción se ha adueñado de la política. Hemos perdido el norte del bien común y retrocedido a la política del corto plazo.

Una luz, aunque tenue, son las elecciones regionales y municipales del próximo octubre. Quienes asuman las gobernaciones regionales pueden hacer presión para que cambien las erradas políticas nacionales, convertirse en actores social y políticos de contrapeso en favor de la gobernabilidad. En el mediano plazo necesitamos un recambio generacional, un liderazgo con visión democrática y progresista en el ejercicio profesional de la política, para que la esperanza, la justicia, la sensatez y la virtud acompañen a una ciudadanía participativa.